

expeliendo á todos los naturales, dió las ciudades á los que antes habian sido desterrados, y posesionándose de Sesto, ocupada por los Atenieses, no permitió que la habitasen los Sestios; sino que la ciudad y el territorio los dió á los pilotos y á los cómitres de su armada para que se los repartiesen: aun que esto lo reprobaron los Lacedemonios, y restituyeron otra vez los Sestios á su tierra. Las disposiciones que con gusto vieron todos los Griegos fueron la de haber recobrado los Eginetas su ciudad al cabo de mucho tiempo, y la de haber sido restituidos por él los Melios y Escionios, expeliendo á los Atenieses, y obligándolos á reintegrar á aquellos en sus ciudades. Noticioso ya entonces de que la capital se hallaba en mal estado apretada del hambre, navegó al Pireo, y estrechó á la ciudad obligándola á admitir la paz con las condiciones que le prescribió. Algunos Lacedemonios dicen que Lisandro escribió á los Eforos en estos términos: «se ha tomado Atenas;» y que los Eforos respondieron: «basta con haberse tomado;» pero esta relacion ha sido asi compuesta por decoro: pues la verdadera resolucion de los Eforos fue en esta forma: «los Magistrados de los Lacedemonios han decretado que derribando el Pireo y el murallon, y saliendo de todas las demas ciudades, conserveis vuestro territorio; y bajo las siguientes condiciones tendreis paz; dareis lo que fuere menester; entregareis los pasados, y acerca del número de naves hareis lo que alli se determine.» Este decreto le admitieron los Atenieses á persuasion de Teramenes, hijo de Agnon; y aun se dice que como Cleomedes, uno de los Demagogos jóvenes, le replicase, ¿por qué se atrevia á obrar y proponer lo contrario que Temístocles, entregando á los Lacedemonios unas murallas que aquel contra la voluntad de estos habia levantado? le respondió: nada de eso, ó joven: yo no obro en opo-

sicion con Temístocles, pues si él para la salud de los ciudadanos levantó estas murallas, por la misma salud las derribamos nosotros; y si los muros hiciesen felices á las ciudades, Esparta sería la mas desdichada de todas, pues no está murada.

Lisandro en el momento en que se hizo dueño de todas las naves, á excepcion de doce, y de las murallas de los Atenieses, lo que se verificó el diez y seis del mes muniquion, el mismo dia en que se ganó en Salamina la batalla naval contra los bárbaros; resolvió mudar tambien el gobierno, y como los Atenieses lo rehusasen y llevasen á mal, envió á decir al pueblo que estaban en el descubierto de haber quebrantado los tratados, porque subsistian los muros despues de pasados los dias en que debieron derribarse; por tanto que estaba en el caso de deliberar de nuevo acerca de ellos, pues que habian faltado á lo convenido. Algunos dicen que ante los aliados manifestó el dictámen de reducirlos á la esclavitud; y que Erianto de Tebas habia sido de parecer de que la ciudad fuese demolida y el territorio quedase para pasto del ganado. Mas tenida nueva junta, y cantando mientras bebian uno de Focea aquella entrada del coro de la Electra de Eurípides, que empieza:

Hija de Agamenon, ó Electra, vengo

Al atrio yermo de tu triste alcazar,
se conmovieron todos, y tuvieron por cosa muy dura y abominable el destruir y arrasar una ciudad tan afamada, y que tan ilustres hijos habia producido. Lisandro pues, condescendiendo á todo los Atenieses, mandó traer de la ciudad muchas tañedoras de flauta, y reuniéndolas todas en su campo, á son de flauta arrasó los muros é incendió las naves, coronando al mismo tiempo sus cabezas, y aplaudiendo con himnos los aliados, como que en aquel dia empezaba su libertad. En seguida sin perder tiempo

mudó asimismo el gobierno, estableciendo treinta tiranos en la ciudad, y diez en el Pireo. Puso también guarnición en la ciudadela, nombrando por gobernador á Calibio de Esparta. Sucedió con este que habiendo levantado la vara para herir á Autolico el gladiator, que es el objeto del convite escrito por Geriofonte, cogiéndole este de las piernas, le levantó en alto y derribó en tierra; de lo que no solo no se incomodó Lisandro, sino que reprendió á Calibio, diciéndole que debía saber mandaba á hombres libres; pero con todo los treinta tiranos quitaron de allí á poco la vida á Autolico, precisamente por hacer obsequio á Calibio.

Hechas estas cosas se embarcó Lisandro para la Tracia, y todo lo que le había quedado de los fondos públicos, con cuantos dones y coronas había recibido, siendo muchos los que, como era natural, hacían presentes á un varón de tanto poder y dueden en cierta manera de la Grecia, lo remitió á Lacedemonia por medio de Gilipo el que mandó en Sicilia. Este, según se dice, cortando por abajo las costuras de los sacos, y sacando de cada uno mucho dinero, los volvió á coser despues, ignorante de que en cada uno había una factura que expresaba la cantidad. Llegado pues á Esparta, ocultó lo que había sustraído debajo del tejado de su casa, y entregó los sacos á los Eforos mostrándoles los sellos; pero abiertos los sacos y contado el dinero, se notó la diferencia entre la cantidad que resultaba y la de la factura, y hallándose los Eforos con este motivo en grande confusión, un esclavo de Gilipo les dijo enigmáticamente que debajo del Ceramico^r se recogían muchas lechuzas: pues, según parece, la marca de la

^r El Ceramico podía ser el tejado, y el término y sitio donde se hacían las tejas, el cual tenía este nombre, así como nosotros le llamamos los Tejares.

moneda entre los Atenieses era por lo comun una lechuza.

Gilipo, convencido de una maldad tan fea é ignominiosa despues de las grandes y brillantes hazañas que antes había ejecutado, voluntariamente se expatrió de Lacedemonia, y los mas prudentes de los Esparciatas, temiendo por esto mismo con mas vehemencia el poder del dinero, pues veían los efectos que producía en ciudadanos tan principales, increpaban á Lisandro y hacían denuncia á los Eforos para que echaran fuera todo oro y toda plata como atractivos de corrupcion. Propusieronlo los Eforos al pueblo; y Esquirafidas, según Teopompo, ó Flogidas, según Eforo, fue de dictámen de que no debía admitirse dinero ni moneda alguna de oro ó plata en la ciudad, sino usarse solo de la moneda patria. Era esta de hierro apagado antes en vinagre, para que no pudiera otra vez forjarse, sino que por aquella imersión quedase dura y nada maleable: á lo que se agregaba ser mas pesada y de difícil conduccion, de manera que en gran número y volumen se tenía poco valor. Y aun corre peligro que en lo antiguo en todas partes fuese lo mismo, usando unos por moneda de tarjas de hierro y otros de bronce; de donde ha quedado que á ciertas de estas tarjas, que corren en gran cantidad, se les llame óbolos, y dracma á la cantidad de seis óbolos, porque esta era la que abarcaba la mano. Hicieron sin embargo oposicion á aquella propuesta los amigos de Lisandro, formando empeño de que el dinero quedase en la ciudad, y lo-graron se decretase que para el público se introdujese aquella moneda; pero si se hallaba en particular la poseyese alguno, la pena fuese la de muerte: como si Licurgo temiese al dinero, y no á la codicia de tenerlo; la que no tanto la corta el no poseerle los particulares, como la escita el que la república lo emplee, dándole el uso precio y estimacion:

no siendo posible que lo que veían apreciado en público lo despreciasen como inútil en particular; y que creyesen no servir de nada para los negocios domésticos una cosa tan estimada y apetecida en común: fuera de que con mas facilidad pasan á los particulares las inclinaciones y costumbres manifestadas por los gobiernos, que no los yerros y afectos de los particulares estragan y corrompen las costumbres públicas. Porque el que las partes se estraguen juntamente con el todo cuando este se inclina á lo peor, es muy natural y consiguiente; y los yerros de los miembros hallan respecto del todo mucha defensa y auxilio en los bien morigerados. Ademas, aquellos á las casas de los particulares, para que en ellas no penetrase el dinero, les pusieron por guarda el miedo y la ley; pero no conservaron los ánimos insensibles é inflexibles al atractivo del dinero, sino que antes encendieron en todos el deseo de enriquecer, como de una cosa grande y honorífica. Mas de este y otros institutos de los Lacedemonios hemos tratado en otro escrito.

De los despojos consagró Lisandro en Delfos su retrato, y el de cada uno de los Capitanes de las naves, y puso de oro las estrellas de los Dioscuros, las que ya no existían antes de la batalla de Leuctras. En el tesoro de Brasidas y de los Acancios habia ademas una galera de dos codos hecha de oro y marfil, la que le habia enviado Ciro de regalo en parabien de la victoria. Alejandrídes de Delfos refiere que existió allí un depósito de Lisandro en dinero de un talento, cincuenta y dos minas, y ademas once pesos; diciendo cosas que estan en oposicion con lo que generalmente se halla recibido por todos acerca de su pobreza. Llegando entonces el poder de Lisandro al punto á que no habia llegado antes ninguno de los Griegos, parece que su arrogancia y orgullo sobrepujó todavía á su poder:

porque, según escribe Duris, las ciudades de la Grecia le erigieron altares como á un Dios, y le ofrecieron sacrificios. Fue asimismo el primero en cuyo honor se cantaron himnos, conservándose todavía en memoria uno que empezaba así:

Io pean, de Esparta la extendida

Al inclito caudillo celebremos,

Que es ornamento de la excelsa Grecia.

Los Samios decretaron que las fiestas llamadas entre ellos Junonias en adelante se llamasen Lisandrias. Tuvo siempre consigo á uno de los ciudadanos, llamado Cirilo, para que exornase con la poesía sus hazañas. A Antiloco, que hizo en su loor ciertos versos, le regaló un sombrero lleno de dinero; y de Antimaco Colofonio y Nicerato Heracleota, que con sus poemas entablaron un combate, al que llamaron juego Lisandrio, dió á Nicerato la corona; de lo que sentido Antimaco, quemó su poema. Platon, que entonces era todavía joven, y que tenia en mucho á Antimaco por su habilidad en la poesía, como viese que este llevaba mal el haber sido vencido, trató de alentarle y consolarle, diciendo que la ignorancia á quien dañaba era á los ignorantes, como la ceguera á los que no ven. Llegó á tanto, que Aristonoo el Citarista, que habia vencido seis veces en los juegos Píticos, dijo á Lisandro por adulacion, que si venciese otra vez se haria pregonar esclavo de Lisandro.

Mas la ambicion de Lisandro solo era incómoda á los grandes y á sus iguales; pero el orgullo y crueldad que acompañaban á su ambicion, fomentados por el tropel de aduladores, hacian que ni en el premio ni en el castigo hubiese para él regla alguna; sino que los premios de la amistad y hospitalidad eran una autoridad ilimitada y una tiranía insufrible; y para el encono solo habia un modo de satisfacerlo, que era la muerte del que era de otro partido; pues

ni huir se concedía. Así es que mas adelante, temiendo no huyesen los Milesios que servian las magistraturas, y queriendo atraer á los que se habian ocultado, juró que no los ofenderia; y como con esta confianza viniesen y se presentasen, los entregó á los Oligarcas para que los degollasen, no bajando su número de ochocientos entre todos. En las demas ciudades eran igualmente innumerables las muertes de los demócratas, quitándoles la vida, no solo por causa particular que con él tuviesen, sino complaciendo y sirviendo con estos asesinatos á las enemistades y deseos de los amigos que tenia en todas partes. Por tanto con razon fue aplaudido el Lacedemonio Eteocles, que dijo que la Grecia no podría sufrir dos Lisandros: aunque esto mismo refiere Teofrato haber dicho Arquitrato de Alcibiades. Sin embargo en este lo que principalmente se llevaba mal era la falta de decoro, y el lujo con un cierto engreimiento; pero en Lisandro la dureza de caracter hacia temible é insoportable su poder. Esto no obstante los Lacedemonios de todos los demas atentados suyos se desentendieron; y solo cuando Farnabazo, ofendido por él, les taló y asoló el campo, y envió á Esparta quien le acusase, se indignaron los Eforos, quitando la vida á Torax, uno de sus amigos y colegas, porque averiguaron que en particular poseia dinero, y enviando al mismo Lisandro la *correa* con orden de que se presentase. La *correa* es en esta forma: cuando los Eforos mandan á alguno de Comandante de la armada ó de General, cortan dos trozos de madera redondos, y enteramente iguales en el diámetro y en el grueso, de manera que los cortés se correspondan perfectamente entre sí. De estos guardan el uno, entregando el otro al nombrado; y á estos trozos les llaman *Correas*. Cuando quieren pues comunicar una cosa secreta é importante, forman una como tira de papel

larga y estrecha como un liston, y la acomodan al trozo ó correa que guardan, sin que sobre ni falte, sino que ocupan exactamente con el papel todo el hueco: hecho esto escriben en el papel lo que quieren estando arrollado en la correa. Luego que han escrito quitan el papel, y sin el trozo de madera lo envian al General. Recibido por este, nada puede sacar de unas letras que no tienen union, sino que estan cada una por su parte; pero tomando su correa, extiende en ella la cortadura de papel, de modo que formándose en orden el círculo, y correspondiendo unas letras con otras, las segundas con las primeras, se presente todo lo escrito seguido á la vista. Llámase la tira *correa*, igualmente que el trozo de madera, al modo que lo medido suele llevar el nombre de la medida.

Habiendo recibido Lisandro la correa en el Helesponto, entró en algun cuidado; y como la acusacion que mas le hacia temer fuese la de Farnabazo, procuró avistarse y tratar con él para transigir aquella diferencia. Pasando pues á verle, le rogó escribiese otra carta á los Magistrados, en que digese que no se hallaba ofendido, ni tenia queja de Lisandro; pero no sabia que un Cretense las habia con otro, segun dice el proverbio; porque habiéndole prometido Farnabazo que le complaceria, á su vista escribió una carta como Lisandro deseaba; pero reservadamente tenia escrita otra muy diversa, y despues al cerrarlas y sellarlas, cambiando los papeles, que en nada se diferenciaban á la vista, le entregó la que reservadamente habia escrito. Llegado Lisandro á Lacedemonia, y yendo á presentarse, segun costumbre, al palacio del gobierno, entregó á los Eforos la carta de Farnabazo, en la inteligencia de que en ella se hallaba desvanecido el cargo que mas cuidado le daba: por quanto tenia Farnabazo gran partido con los Lacedemonios, á causa de haber sido

entre los Generales del Rey el que mejor se habia portado en la guerra; pero cuando habiendo leído la carta los Eforos se la mostraron, y entendió que No solamente Ulises es doloso, entonces, aumentándose su inquietud, se retiró sin hacer nada; pero volviendo al cabo de pocos días á presentarse á los magistrados, les propuso que tenia que pasar al templo de Amon, y ofrecerle los sacrificios de que le habia hecho voto antes de sus combates. Algunos son de opinion que efectivamente sitiando la ciudad de Afitis en la Tracia se le habia aparecido Amon entre sueños; y que por lo mismo levantando el sitio habia dado orden á los Afitios de que sacrificasen á Amon, como si el mismo Dios se lo hubiera encargado; y que pasando al Africa, habia procurado aplacarle; pero los mas entienden que esto del Dios fue un pretexto, y que lo que hubo en verdad fue haber temido á los Eforos, y no poder aguantar el yugo de Esparta, ni sufrir el ser mandado; por lo que recurrió á este viage y peregrinacion, como caballo que desde el prado y los pastos libres vuelve luego al pesebre y á los trabajos cotidianos: pues la otra causa que asigna Eforo á esta peregrinacion la referiremos mas adelante.

Con dificultad y trabajo recabó de los Eforos que le dejasen partir, y se hizo á la vela. Los Reyes, estando él ausente, reflexionaron que mientras por medio de las cofradías dominase en las ciudades, seria el único árbitro y señor de la Grecia, por lo que pensaron en el modo de reintegrar á los demócratas en los negocios, excluyendo á sus amigos. Moviéronse pues alteraciones en este sentido, siendo los Atenienses los primeros que desde Fila marcharon contra los treinta tiranos, y los vencieron; pero volviendo á la sazón Lisandro, persuadió á los Lacedemonios que fuesen en auxilio de los Oligar-

cas, y contuviesen con el castigo á los pueblos: así lo primero que hicieron fue enviar á los treinta cien talentos para la guerra, y nombrar á Lisandro por General. Viéronlo los Reyes con envidia, y temiendo no fuera que de nuevo tomase á Atenas, determinaron salir á la guerra uno de los dos. Salió Pausanias, en la apariencia en defensa de los tiranos contra el pueblo; pero en realidad con ánimo de terminar la guerra, para que Lisandro no tuviera ocasion de hacerse de nuevo dueño de Atenas por medio de sus amigos. Consiguiólo con facilidad, y hecha la paz con los Atenienses, sosegando sus alteraciones, se quitó todo asidero á la ambicion de Lisandro; pero como al cabo de poco se sublevasen otra vez los Atenienses, se culpó á Pausanias de que quitado el freno de la oligarquía el pueblo se habia hecho atrevido é insolente; y Lisandro adquirió opinion de hombre que no gobernaba á voluntad de otros ni por ostentacion, sino derechamente, segun el provecho y utilidad de Esparta lo exigia.

En el decir era resuelto, y sabia dejar parados á los que le contradecian: así á los de Argos, que disputaban sobre el amojonamiento de su territorio, y parecia tener mas justicia que los Lacedemonios, enseñándoles la espada: el que manda con esta, les respondió, es el que alega mejor derecho sobre los mojones de su término. En cierta ocasion uno de Megara le habló con mucho desenfado, y él le contestó: ó huésped, tus palabras han menester ciudad. Los Beocios no eran seguros en ninguno de los dos partidos, y les preguntó, ¿cómo pasaría por sus términos, si con las lanzas derechas ó inclinadas? Rebeláronse los Corintios, y al acercarse á sus murallas vió que los Lacedemonios se detenian en acometer, y al mismo tiempo advirtió que una liebre pasaba el foso; díjoles pues: ¿no os avergonzais de temer á unos enemigos, en cuyos muros por su flo-

edad hacen cama las liebres? Murió el Rey Agis dejando á su hermano Agesilao y á Leotuquidas, que pasaba por hijo suyo; y Lisandro, que habia sido amator de Agesilao, le incitó á que se apoderara del reino, por ser Heraclida legítimo: pues de Leotuquidas habia la sospecha de que era hijo de Alcibiades, con quien en secreto habia tenido trato Timea, muger de Agis, mientras aquel residió en Esparta en calidad de desterrado; y Agis, segun se decia, habia echado la cuenta de que no podia haber concebido de él, por lo que no hacia caso de Leotuquidas, y era público que nunca lo habia reconocido. Con todo cuando le trajeron enfermo á Herea, condescendiendo con las súplicas del mismo jóven y las de sus amigos, declaró delante de muchos á Leotuquidas por su hijo; y rogando á los que se hallaban presentes que así lo manifestaran á los Lacedemonios, falleció. Depusieron pues estos en favor de Leotuquidas; y además á Agesilao, varon de excelentes calidades, y que tenia el patrocinio de Lisandro, le perjudicaba el que Diopéites, sugeto de grande opinion en la interpretacion de oráculos, acomodaba el siguiente vaticinio á la cojera de Agesilao:

Por mas, ó Esparta, que andes orgullosa
Y sana de tus pies, yo te prevengo
Que de un reinado cojo te precavas:
Pues te vendrán inesperados males,
Y de devastadora y larga guerra
Serás con fuertes olas combatida.

Eran muchos los que opinaban por el vaticinio, y se declaraban por Leotuquidas; pero Lisandro dijo que Diopéites no lo habia entendido bien: pues el Dios no se oponia á que un cojo mandara en Esparta; sino que manifestaba que entonces estaria cojo el reino cuando los bastardos y malnacidos reinasen sobre los Heraclidas; con la cual interpretacion y

su gran poder ganó la causa, y fue declarado Rey Agesilao.

Inclinóle desde luego Lisandro á formar una expedicion contra el Asia, lisonjeándole con la esperanza de acabar con los Persas y engrandecerse. Con este objeto escribió á sus amigos de Asia, proponiéndoles que pidiesen á los Lacedemonios nombraran á Agesilao por General para la guerra contra los bárbaros. Vinieron estos en ello, y enviaron Embajadores á Lacedemonia con aquella súplica; en lo que no hizo Lisandro á Agesilao menor beneficio que en alcanzarle el reino; pero los genios ambiciosos, aunque por otra parte no son malos para el mando, por la envidia que tienen á los que compiten con ellos en gloria, suelen ser de mucho estorbo para las grandes empresas, porque vienen á hacerse rivales, cuando convenia que fuesen cooperadores. Agesilao pues llevó consigo á Lisandro entre los treinta consejeros, con ánimo de valerse principalmente de su amistad; pero sucedió que llegados al Asia eran muy pocos los que se dirigian á tratar con aquel, no teniéndole conocido; cuando á Lisandro por el anterior trato los amigos le obsequiaban, y los sospechosos de miedo le buscaban tambien, y le hacian agasajos: de manera que asi como en las tragedias acontece con los actores que el que hace el papel de un nuncio ó de un esclavo es aplaudido y ensalzado, y no se hace caso, ni siquiera se presta atencion, al que lleva la diadema y el cetro, del mismo modo aqui todo el obsequio y la autoridad era del consejero, no quedándole al Rey mas que el nombre desnudo de todo poder. Era preciso por tanto hacer alguna rebaja en tan incómoda ambicion, y reducir á Lisandro al segundo lugar, ya que no le fuese dado á Agesilao el desechar y apartar de sí del todo á un hombre de tanta opinion, y su bienhechor y su amigo. Asi lo primero que hizo fue no

darle ocasion ninguna para intervenir en los negocios, ni encargarle comisiones relativas á la milicia; y despues si observaba que Lisandro tomaba interes y formaba empeño por algunos, estos eran los que menos alcanzaban, y cualesquiera otros salian mejor librados que ellos, debilitando asi y entibiando poco á poco su poder: tanto que el mismo Lisandro, viéndose desairado en todo, y que su mediacion habia venido á ser perjudicial á sus amigos, se retiró de hacer por ellos; y les rogaba que se dejasen de obsequiarle, y se dirigieran al Rey y á los que al presente podian hacer bien á sus protegidos. A estos ruegos muchos se abstuvieron de importunarle en sus negocios; pero no se retiraron de obsequiarle, sino que continuaron acompañándole en los paseos y en los gimnasios; con lo que Agesilao á causa de este honor se mostraba mas incomodado que antes, en términos que encargando á otros muchos del ejército diferentes comisiones de él, y el gobierno de las ciudades, á Lisandro le nombró distribuidor de la carne; y luego como para que mas se corriese decia á los Jonios: id ahora á mi distribuidor de carne, y hacedle la corte. Parecióle pues preciso á Lisandro entrar ya en explicaciones con él, y el diálogo de ambos fue muy breve y muy lacónico:

» te parece puesto en razon, ó Agesilao, humillar
 » á tus amigos? Sí, si quieren hacerse mayores que
 » yo: así como es muy justo que los que contribú-
 » yen á aumentar mi poder, participen de él. Acaso
 » en esto es mas, ó Agesilao, lo que tú dices que lo
 » que yo he hecho; pero te ruego, aunque no sea
 » mas que por los que de afuera nos observan, que
 » me pongas en el ejército en aquél lugar en que creas
 » que he de incomodarte menos, y te he de ser mas
 » util."

Enviósele de resultas de embajador al Helesponto; y aunque partió indignado contra Agesilao, no por

eso descuidó el cumplir con su deber. Al Persa Mitridates, que estaba mal con Farnabazo, y que sobre ser varon de generosa índole, tenia un ejército á sus órdenes, le persuadió á la defeccion, y le hizo pasarse á Agesilao, el cual para nada se valió ya de él en aquella guerra; y como el tiempo se pasase en esta inaccion, regresó á Esparta humillado y lleno de enojo contra Agesilao. Estaba por otra parte mas disgustado todavía que antes con todo aquel orden de gobierno; por lo cual resolvió el poner por obra sin mas dilacion lo que largo tiempo antes traia en el ánimo y tenia meditado para una mudanza y un trastorno, que era en el modo siguiente. El linage de los Heraclidas, que unidos con los Dorios se habian trasladado al Peloponeso, era muy ilustre, y florecia sobremanera en Esparta; pero no todo él era admitido á participar de la sucesion al trono, sino que reinaban solamente los de dos casas, los Eurutionidas y los Agiades; y los demas ninguna ventaja disfrutaban por su origen en el gobierno, sino que los honores que se alcanzan por virtud eran indistintamente para todos los que los mereciesen. Lisandro pues, que era uno de aquellos, despues que por sus hazañas se elevó á una gloria ilustre, y se adquirió muchos amigos y gran poder, veia con displicencia que la república le debiese sus aumentos, y que reinasen sobre ella otros que en nada eran mejores que él; y habia pensado trasladar el mando de solas estas dos casas, dándolo en comun á todos los Heraclidas; y segun algunos no á estos, sino á todos los Esparciatas: para que no fuera el premio de los Heraclidas, sino de los que se asemejasen á Hércules en la virtud, que fue la que á este le granjeó los honores divinos; con la esperanza de que adjudicándose de este modo la corona, ningun Esparciata le seria preferido en la eleccion.

El preparativo que excogitó al principio, y que

trató de poner por obra, fue persuadir á sus conciudadanos, disponiendo al efecto un discurso trabajado con esmero por Cleon de Halicarnaso; pero reflexionando despues sobre lo extraordinario y grande de la novedad que intentaba, para la que eran necesarios superiores auxilios, usando de máquinas como en las tragedias, empleó é introdujo los vaticinios y los oráculos, desconociendo del efecto de la habilidad de Cleon, si al mismo tiempo no atraia á los ciudadanos á su propósito pasmándolos y sobrecogiendo su ánimo con la superstición y el temor de los Dioses. Eforo dice que habiendo intentado sobornar á la Pitia, y despues ganar por medio de Ferecles á las Dodonidas, como hubiese salido mal en una y otra tentativa, partió al templo de Amon, y quiso tambien corromper con grandes dádivas á aquellos ciudadanos; los cuales, ofendidos de ello, enviaron á Esparta algunos que le acusasen, y que como fuese absuelto, dijeron los Africanos al tiempo de retirarse á su pais: mejor juzgaremos nosotros, ó Esparciatas, cuando vengais á habitar entre nosotros en el Africa: porque se suponía haber un oráculo antiguo sobre que habian de trasladar su residencia al Africa los Lacedemonios. Mas de todo este enredo y esta trama, que no deja de ser curiosa, ni tuvo un vulgar principio, sino que como un teorema matemático procedió de un punto á otro por medio de lemas difíciles y laboriosos hasta llegar á su complemento, daremos una puntual razon, siguiendo las huellas de un historiador y filósofo.

Habia en el Ponto una mozuela que decia haber sido fecundada por Apolo; lo que muchos, como es natural, se resistian á creer; pero otros pasaban por ello; y habiendo dado á luz un varon, fueron muchas y muy conocidas las personas que se encargaron de su crianza y educacion. Púsosele por nombre Sileno por causa particular que parece había pa-

ra ello. De aqui tomó Lisandro el principio, y por sí fue preparando y agregando lo demas, ayudándole en esta farsa no pocos ni despreciables actores, los cuales trataron de hacer creible y sin sospecha la voz del origen del niño, y ademas divulgaron y esparcieron por Esparta que en letras misteriosas guardaban los sacerdotes ciertos oráculos muy antiguos á que les estaba vedado llegar, y que no podian sin sacrilegio ser tocados si no venia al cabo de largo tiempo uno que fuera hijo de Apolo, y que dando á los que los custodiaban señales ciertas de su nacimiento, trajera consigo las tablas en que los oráculos estaban escritos. Sobre estos preparativos debia presentarse Sileno, y pedir los oráculos en calidad de hijo de Apolo; y los sacerdotes, que estaban en el misterio, examinar cada cosa y asegurarse del nacimiento: últimamente persuadidos ya de ello, habian de mostrarle, como á hijo de Apolo, las letras, y él delante de muchos habia de leer otros varios vaticinios, y tambien aquel por el que todo se fraguaba, relativo al Rey: á saber, que era mejor y mas conveniente para los Esparciatas elegir sus Reyes entre los hombres de probidad. Cuando ya Sileno era mocito, y el enredo iba á ponerse en ejecucion, se le desgració á Lisandro su farsa por cobardía de uno de los personajes de ella, temblando y apartándose del intento en el punto mismo de haber de llevarle al cabo. Mas en vida de Lisandro nada de esto se supo á la parte de afuera, sino solo despues de su muerte.

Murió antes que Agesilao volviese del Asia, habiéndose metido en la guerra con los Beocios, ó habiendo metido por mejor decir á toda la Grecia: pues se dice de una y otra manera, y el motivo unos se lo achacan á él mismo, otros á los Tebanos, y otros dicen haber sido comun y dimanado de ambas partes. Atribúyese á los Tebanos la interrupcion